

REITOS OLVIDADOS

LOS ARPISTAS • VOLUMEN 4

EL BASTION DEL ESPINO

Elaine Cunningham



Algo no va bien en la Ciudad del Esplendor: una nueva amenaza acecha en las sombras de Aguas Profundas. El archimago Khelben Arunsun decide enviar a la astuta Arpista Bronwyn en una misión que le permitirá reencontrarse con su padre, cuya pista había perdido hacía ya tiempo, y recuperar una peligrosa herencia que le pertenece por derecho de sangre. ¡Bronwyn desvelará un secreto de familia que amenaza con destruirla no sólo a ella, sino a los mismos Arpistas!

A mi padre que, a diferencia de Hronulf
Dag y Khelben, siempre estaba allí.

Preludio

27 de Tarsakh, 927 CV

Dos jóvenes hechiceros permanecían de pie en la cima de una montaña contemplando con respeto el devastador resultado de la fuerza combinada de su magia.

Ante ellos se desplegaba una amplia superficie cubierta de hierba y flores silvestres, en el mismo lugar donde en el instante anterior se erguía un *alcázar* antiguo y asediado. La fortaleza había desaparecido, y con ella las poderosas criaturas que habían tomado refugio en su interior. También se habían esfumado todos los supervivientes..., como sacrificio a la guerra contra los seres diabólicos que habían emergido de las profundidades del cercano Ascalcorno. Esfumados, sin dejar más huella que un remoto recuerdo en la memoria de los dos hombres que habían invocado semejante destrucción.

Ambos eran jóvenes, pero ésa era su única similitud. Renwick Manto de Nieve Caradoon era de baja estatura y complexión ligera, con rasgos delicados y un rostro enjuto y pálido. Iba vestido de blanco de pies a cabeza y la vaporosa capa que llevaba lucía ricos bordados de hilo de seda blanco e iba ribeteada de nivea piel de armiño.

Tenía el pelo prematuramente cano y en el centro de la frente se le ondulaba en un remolino. Su porte traducía or-

gullo y ambición, y contemplaba el resultado del hechizo conjunto con satisfacción.

Su compañero era una cabeza más alto que él y ancho de espaldas y de pecho.

Tenía los ojos negros y el semblante tostado por el sol a pesar de lo incipiente del año.

Cualquiera que lo contemplase podría confundirlo con un montaraz o un leñador, salvo por la inequívoca áurea de magia que todavía flotaba a su alrededor. Contemplaba con ojos llenos de terror lo que acababan de hacer.

Una profunda hendidura en la montaña o la estructura chamuscada de una fortaleza..., todo habría sido más fácil de aceptar para el mago que aquel sereno olvido.

Nunca había oído un silencio tan absoluto, tan profundo y acusador. Le daba la impresión de que las montañas que lo rodeaban, y todo lo que sobre su superficie vivía, se había quedado perplejo como testigos silenciosos de la fuerza increíble de la magia que había sido capaz de hacer desaparecer una antigua morada y a todos aquéllos que vivían en su interior.

De algún punto de la arboleda que tenían a sus pies, un pájaro emitió un titubeante gorjeo de llamada, y el sonido hizo añicos el silencio sobrenatural así como la aureola que mantenía inmóviles en su abrazo a los dos brujos. Siguiendo un tácito acuerdo, ambos dieron media vuelta y echaron a andar colina abajo. El recuerdo de lo que acababan de hacer pendía pesado entre ellos.

Sin embargo, el mago no se contentaba con dejar así aquel asunto, por lo que se volvió hacia su compañero; pero la expresión que lucía el rostro de Renwick lo hizo detenerse a media zancada. Renwick parecía satisfecho, casi exultante. Sus sueños de inmortalidad y de poder, que había comentado a menudo, parecían brillar con luz propia en sus ojos.

Como si de repente necesitara un báculo donde sostenerse, el compañero de Renwick apoyó una mano en un

corpulento roble.

—Esos anillos que utilizaste en el hechizo, ¿qué más pueden hacer? —preguntó.

El hechicero de menor edad le dedicó una sonrisa desdenosa.

1

5 de Mirtul, 13 DR

La joven que, según todos los indicios, parecía un pirata atrapado en circunstancias desafortunadas, se detuvo al pie de la colina. Había poco cobijo tan cerca del mar y el aire que le arremolinaba la capa por debajo de los hombros evocaba el recuerdo de un invierno recién acabado. La mujer echó una ojeada a sus espaldas para asegurarse de que el camino que había dejado atrás seguía despejado y, una vez convencida, apartó un manojo de ramas secas que ocultaban la diminuta abertura de una cueva marina.

Un murciélago solitario emergió de la oscuridad y ella lo esquivó instintivamente con un ágil y rápido movimiento que hizo saltar la trenza castaña con la que se recogía el cabello hasta hacerla caer por encima del hombro. Con un ademán, se la echó atrás y luego sacó una antorcha de su bolsa. Tras rascar varias veces el filo del cuchillo contra el pedernal, consiguió producir unas chispas y, luego, llama. Al instante, pareció estallar una actividad frenética en el suelo de piedra de la cueva: las ratas prorrumpieron en chillidos de alarma y los cangrejos salieron huyendo ante el súbito estallido de luz.

—Aguas Profundas, la Ciudad del Esplendor —murmuró Bronwyn con los labios en un gesto de cariñosa ironía. Desde que se había instalado en la ciudad cuatro años atrás,

había pasado más tiempo haciendo negocios en lugares como aquél que en las tiendas de lujo de la calle de la Plata.

Había poco esplendor en los montes que se extendían al sur de la ciudad portuaria.

El sabor del mar flotaba pesado sobre el aire inmóvil, mezclado con el hedor de pescado muerto y el no menos nauseabundo olor de las cercanas colinas de la Rata, una extensión de costa que servía de vertedero para los escombros que generaba la ciudad.

Se introdujo en la pequeña abertura y se quedó allí de pie para poder percibir todo lo que la rodeaba. La caverna era fría y se veía agua por doquier: formaba charcos en el suelo, rezumaba del musgo y del líquen que cubría las paredes y goteaba de las protuberancias en forma de colmillo que colgaban del techo. Cuando se levantara la marea, todavía entraría más agua.

Ese pensamiento incitó a Bronwyn a caminar más deprisa por un sendero escarpado y desigual. Mientras avanzaba, se iba apoyando en el húmedo muro para mantener el equilibrio y se mantenía ojo avizor sobre las sombras que había más allá del círculo de luz de su antorcha. Los murciélagos, las ratas y los cangrejos representaban la elite de la sociedad de las cavernas y estaba casi segura de encontrarse con cosas peores.

Vadeó con cautela un ancho charco que abarcaba casi por completo la repisa de piedra. Bronwyn odiaba el agua, cosa que no dejaba de añadir un toque de ironía a su disfraz de marinera.

Se llevó una mano a la cabeza para comprobar que el pañuelo escarlata seguía en su lugar y que las argollas de bronce características de los piratas de Las Nelanthers seguían en sus orejas. Se encontraba en las cuevas de los contrabandistas y conocía el refrán: «Si estás en el bosque helado, estremécete». Tras muchos años de esclavitud había aprendido que para sobrevivir había que adaptarse.

El camino viraba de repente frente a ella y, tras caminar varios pasos más, desembocó en una cueva. Por lo alto entraba un retazo de luz a través de una hendidura.

Bronwyn echó un vistazo al barranco que había aparecido de pronto junto al sendero y que asemejaba una herida ancha y profunda en el corazón de piedra de la montaña. Al pie del barranco corría rápido, profundo y extrañamente silencioso, un río subterráneo.

Bronwyn sofocó un estremecimiento y se dispuso a trabajar.

Se descolgó la bolsa del hombro y extrajo de su interior un trapo de grandes proporciones, así como un hacha diminuta forjada de mithral y caoba. El constante aprecio que había sentido durante toda su vida por los objetos de categoría la impulsó a envolver el hacha con sumo cuidado antes de situarla detrás de una roca y ocultarla a la vista tras un puñado de guijarros.

Después, se tumbó sobre su estómago en el borde del precipicio, con medio cuerpo hacia fuera, y palpó con los dedos la escarpada pared de rocas hasta encontrar la cuerda que había atado allí hacía varios días, cuando había decidido preparar el terreno para el lugar de reunión. La cuerda era prácticamente invisible, pero lo suficientemente larga para cubrir cualquiera de las dos paredes del precipicio. La mitad de ella quedaba sumergida bajo el agua por el flujo del torrente. Sacar a la superficie la cuerda era un trabajo duro y, cuando acabó, tenía los guantes de piel empapados y las palmas de las manos llenas de rozaduras.

Bronwyn se quedó un instante quieta para recuperar el aliento y, después de sacarse los maltrechos guantes, volvió a colocarse la bolsa a la espalda y se ató un cabo de la cuerda en el cinturón. Trepó con dificultad por una cuesta tortuosa hasta un punto que sobresalía por encima del camino, un punto que había elegido por el hueco cóncavo que quedaba debajo, entre su posición y el camino. De esa forma, si se le acababa la suerte y se veía obligada a utilizar

la cuerda para salvar el barranco, no se quedaría aplastada como una manzana madura contra el escarpado muro de piedra.

Una vez que tuvo bien afianzada la cuerda y comprobó que pendía formando una curva holgada, Bronwyn sacó de su bolsa un pedazo de hierro de forma extraña que semejava el contorno de una caldera con el cuello estrecho y sendos amplios asideros curvos a cada lado. Le dio la vuelta y, tras situarlo encima de la cuerda, se agarró firmemente en ambas asas. Tras cerrar los ojos, se dejó caer por el barranco.

Bronwyn se deslizaba por la cuerda hacia el extremo más alejado, primero con rapidez pero luego con más calma a medida que alcanzaba el punto más lejano. Cuando se detuvo, a pocos metros de distancia de la pared opuesta, levantó las piernas y entrelazó los tobillos, por si acaso. Soltó un asa y alargó una mano hacia la cuerda. Los dedos se ciñeron alrededor de ella y, tras exhalar un suspiro de alivio, salvó el resto del camino trepando por la cuerda hasta alcanzar el borde sólido de piedra.

Dejó la cuerda donde estaba y se apresuró a avanzar por el remate del precipicio.

Tras caminar un centenar de pasos, encontró lo que buscaba: una diminuta abertura en la base del muro de piedra que, aunque resultaba ridículo pensarlo, semejava una guarida de ratones de grandes proporciones.

Bronwyn se agachó y avanzó en cuclillas por un breve pasaje que conducía a otra red de túneles. No era la ruta más corta para llegar al punto de reunión, ni mucho menos, y era el acceso más tortuoso, pero precisamente ése era el objetivo. Bronwyn podía colarse por el diminuto túnel, pero aquéllos con los que estaba a punto de tratar no serían capaces de hacerlo.

Emergió del túnel y encendió otra antorcha. Un centenar de pasos más la condujeron hasta la entrada del punto

de reunión, una diminuta y húmeda antecámara excavada en la piedra por eones de gotas de agua.

La escena que se sucedía en el interior era todo menos atrayente. Un pedazo de roca más o menos plana había sido apuntalada sobre varias piedras para ser utilizada como mesa y en ella había desperdigados los restos de un ágape poco apetitoso: pan seco, oloroso queso azul verdoso y jarras de cerveza del color del barro elaborada a partir de setas y musgo. Aquel ágape acababa de ser consumido por los tres enanos más feos que Bronwyn había visto jamás.

Eran duergar, una raza de enanos que moraban en las profundidades y que tenían gris la barba, la piel y el alma entera. La enemistad que existía entre los enanos habitantes de las montañas y los duergars era tan acérrima como la existente entre los elfos y sus homólogos subterráneos, los elfos drow. Bronwyn hacía negocios con todo tipo de elfos, pero siempre actuaba con suma cautela.

Cada uno de los miembros de aquel inmundo trío se llevó la mano a la frente a modo de visera para protegerse la vista de la brillante luz de la antorcha.

—¿Has venido sola? —preguntó uno de ellos.

—Ése era el pacto —convino, haciendo un gesto de asentimiento al tercer duergar, que era el de talla más reducida—. Y hablando de pactos, se suponía que ibais a ser dos. ¿Qué es esto?

—¡Oh, él! —respondió el duergar que había hablado en primer lugar, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Un hijo que podría ser mío. Ha venido a mirar y a aprender.

Bronwyn consideró a aquel tercer miembro de la partida, el único con el cual no había tratado con anterioridad. Los duergars eran, por lo general, delgados y sarmentosos, pero aquél era el duergar más escuálido que Bronwyn había visto jamás.

Alzó la antorcha y lo miró de soslayo. Apenas era un muchacho. Los otros dos duergar lucían barbas grises y fibrosas, pero la barbilla huidiza de aquel enano era tan calva

como la de un águila ratonera, y conservaba toda la dentadura, pues en aquel momento se concentraba en hurgarse entre los dientes con unas uñas ribeteadas de negro.

El muchacho duergar se apartó los dedos de la boca y se lamió la dentadura con la lengua para recoger los restos de comida. Al hacerlo, captó la mirada inquisitiva de Bronwyn. La mujer hizo un gesto a modo de saludo. Mientras la contemplaba, una lenta sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios. La maldad parecía emerger de aquel joven duergar de forma tan tangible como el vapor que desprende una marmita en pleno invierno. Bronwyn se estremeció, aterrada al percibir semejante maldad en una persona tan joven.

El cabecilla, al notar su respuesta, soltó un gruñido y endilgó una bofetada al más joven, que gritó como un perro callejero que hubiese recibido un puntapié antes de lanzar una mirada de odio a la humana, como si el golpe hubiese sido en parte por su culpa.

Bronwyn fingió no darse cuenta de nada y, cogiendo un cuchillo de piedra que había sobre la mesa, se sirvió un pedazo de queso maloliente. Entre duergars, aquello significaba que se estaba tomando libertades, incluso denotaba cierta arrogancia, pero aunque el segundo adulto también le lanzó una mirada aviesa, no abrió la boca. Nunca hablaba en presencia de Bronwyn, aunque la porra con punta de hierro de casi un metro de longitud que portaba confería cierta elocuencia a su silencio.

Ella le sostuvo la mirada mientras se introducía el pedazo de queso en la boca.

Mantuvo la mirada tranquila, casi de suficiencia, para mostrar de forma tácita que ella controlaba la situación y que no veía motivos para inquietarse. Hacía falta cierta osadía para tratar con aquel tipo de duergars, aunque en ese momento Bronwyn se encontraba en un apuro: el estómago se le encogió en una mezcla de aprensión y repulsa, pero tuvo suerte, porque la porra del duergar se mantuvo

en su sitio, y el pedazo de queso robado también se quedó quieto en su aparato digestivo.

Para mantener las buenas costumbres, Bronwyn sonrió al duergar silencioso y volvió a centrar su atención en el cabecilla.

—¿Dónde están las gemas?

Él soltó un gruñido como gesto de aprobación por el modo en que la mujer estaba manejando el asunto y, tras desatarse una bolsa de cuero inmundada del cinturón, esparció el contenido en la palma de su mano.

Mientras las piedras preciosas de oro se escurrían entre sus dedos, Bronwyn intentó mantener la expresión inalterable aun después de darse cuenta de que la calidad del collar era extraordinaria. Las gemas eran de un tono ambarrino, y decían que en ellas se reunía el espíritu vital de los árboles que en su momento habían crecido en el desaparecido bosque de los Micónidos. La delicada filigrana de plata, aunque antigua y deslustrada, era una obra de arte exquisita, sin duda de procedencia elfa. Se encontraba entre las piezas de joyería más magníficas que Bronwyn había contemplado nunca. Y aun así, sintió un hormigueo en los dedos cuando tocó el ámbar, quizá porque sus sentidos se habían aguzado tras una vida entera comerciando con antigüedades repletas de magia, o quizá fuese sólo su imaginación, aunque habría jurado que sentía el eco débil y remoto de la magia.

Se obligó a sí misma a coger de nuevo el collar y estudiarlo como si se limitara a valorar su peso y su color.

—Bonito —admitió en tono de indiferencia—, pero el precio es demasiado elevado.

El cabecilla duergar conocía el juego del regateo tan bien como cualquier otra persona.

—Quinientas monedas de oro, ni un cobre menos —repuso, tozudo—. Y armas.

Dos de ellas.

Bronwyn esbozó una sonrisa.

—En el lugar de donde procedo, los mercaderes conocen el valor de sus mercancías, pero como supongo que el ámbar no es un elemento del que dispongáis de existencias normalmente, es posible que pueda estirar un poco la cuerda.

—¿Sí? ¿Cuánto?

La mujer se acarició, pensativa, uno de sus enormes pendientes.

—Puedo alcanzar el precio de cincuenta monedas de oro y un hacha de guerra.

Encontré una buena: dos extremos, bien equilibrada, tanto para ser lanzada como para empuñarla. Por supuesto, es de fabricación enana..., una pieza de gran calidad procedente de un herrero enano dorado. La cabeza del hacha es de mithral y el mango es de caoba pulido con incrustaciones de granate y turmalina. ¿Os interesa?

—Mmmm... —El duergar ladeó la cabeza y escupió—. No nos son útiles las baratijas, y menos si proceden de enanos dorados.

Pero Bronwyn captó el brillo de avaricia de sus ojos. Los duergars eran mejores barrenderos que herreros y no conocía a ninguno que no deseara atesorar armas enanas de categoría. Sacudió con indiferencia el collar de valor incalculable.

—Este ámbar de calidad engastado en una pieza más moderna se vendería por unas doscientas monedas de oro en los bazares. Os daré la mitad de ese precio.

El duergar empezó a preparar otro escupitajo, pero al final pareció decidirse por un gesto más dramático. Representó con mímica el gesto de sacar un cuchillo y hundírselo en el corazón.

—Antes lo haría que aceptar cien monedas —prometió—. Cuatrocientas, y el hacha.

—El arma sola vale ya quinientas.

—¡No creas! Pero como hace tiempo que nos conocemos..., las piedras por el hacha.

Bronwyn hizo un mohín con la nariz.

—Te daré doscientas monedas de oro, pero olvídate del hacha.

El duergar golpeó la mesa con el puño cerrado, enfurecido al pensar que podía perder el premio.

—Dame el hacha, y las doscientas monedas, y trato hecho. ¡Aunque es un robo!

Bronwyn se tomó bien las quejas; de hecho, había esperado protestas, y le daba la impresión de que los duergars habían aceptado con demasiada facilidad. Todavía tendría que pasar más apuros, de eso estaba convencida, y se sentía confusa por la presencia del muchacho duergar.

—Trato hecho. —Puso una bolsa encima de la mesa—. Doscientas monedas de oro, pagadas en monedas de platino de cinco veces su peso. Contadlas.

Un atisbo de rubor cubrió las mejillas grises del duergar. Bronwyn suponía que no sólo no sabía contar semejante cantidad sino que probablemente no podría calcular el cambio de moneda.

—No será necesario —musitó—. Eres de confianza.

Bronwyn notó, no sin cierta satisfacción, que el duergar estaba diciendo lisa y llanamente la verdad probablemente por primera vez en su vida. Se enorgullecía de la reputación que tanto le había costado ganar y, si hacía una promesa, la cumplía.

En pocas palabras, les contó dónde podían encontrar la segunda parte del pago.

—El hacha os pertenece, tenéis mi palabra, pero os costará llegar hasta ella el tiempo necesario para que yo ponga tierra de por medio entre nosotros. No he olvidado lo sucedido después de nuestro último trato.

—Yo, tampoco. Sentí perder a Brimgrumph. Era mi mano derecha en la batalla, pero se pasó de la raya. No supo cuándo retirarse —explicó el duergar en tono compungido.

Era el discurso más largo que Bronwyn le había oído pronunciar jamás y el más autocomplaciente. Si la embos-